



Nova et vetera

# REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Rector: Illmo. y Revdmo. Sr. Dr. D. JOSE VICENTE CASTRO SILVA.

Redacción: EDUARDO CARRANZA. — Administración: A. DELGADO PLAZA.

## SÚMARIO

**R. P. J. V. Ducatillon O. P.:** El enloquecimiento de las virtudes cristianas.—**Leopoldo Uprimny:** Santo Tomás, Simón Bolívar y la Democracia.—**Carlos Arturo Caparoso:** José Asunción Silva.—**Alcides Zuñiga:** Estado responsable, Estado irresponsable.—**Silvio Villegas:** Las Hermanas de la Caridad.—**Rafael Osorio R.:** Significación Musical.—**Pedro Gómez Valderrama:** Invocación a Buffalo Bill.—**Julio Holguín Umaña:** ¿Fue Descartes filósofo católico?

Voumen XXXVIII — Abril-Mayo de 1943 — Nos. 369 y 370.



<b>R. P. J. V. Ducattillon O. P.</b> —El enloquecimiento de las virtudes cristianas .....	75
<b>Leopoldo Uprimny.</b> —Santo Tomás de Aquino, Simón Bolívar y la Democracia .....	85
<b>Carlos Arturo Caparrosa.</b> —José Asunción Silva .....	114
<b>Alcides Zuluaga Gómez.</b> —Estado responsable, Estado irresponsable ..	131
<b>Silvio Villegas.</b> —Las Hermanas de la Caridad .....	138
<b>Rafael Osorio R.</b> —Significación Musical .....	141
<b>Pedro Gómez Valderrama.</b> —Invocación a Buffalo Bill .....	146
<b>Julio Holguín Umaña.</b> —¿Fue Descartes filósofo católico? .....	147

**José Gutiérrez G.**

**GRAN SASTRE**

**Calle 14 No. 6-73 - Teléfono 70-13**



## NOTAS

—Reunión de sana alegría, de juvenil entusiasmo, de cordialidad rosarista, fue ésa que, como en todos los años, apretó en torno al refectorio del Colegio, a alumnos y a exalumnos, a superiores y a discípulos, en la fecha final del mes de mayo, grande e inolvidable dentro de las tradiciones del Mayor.

Rafael de Subiría, estudiante destacado entre los externos del bachillerato, interpretó, en frases nobles y de vigorosa escogencia, el por qué tan alto de la fiesta. Y Eliécer Suárez, Superior cierto por su talento y sus méritos, respondió al discurso del alumno en sencillo estilo, vestido con el amplio ropaje de la sinceridad y de adecuada expresión para el momento. En las palabras del señor prefecto de externos no podía faltar el lugar oportuno (que nos sirve para romper un silencio imposible) de felicitar dentro del claustro mismo y públicamente, al señor vicerrector Carlos Alberto Rodríguez Plata por su merecido llamamiento a tomar parte en el Senado Arquidiocesano como Canónigo prebendado de la Catedral. Elección es ésta que acogemos jubilosos y estampamos, en caracteres de gratitud, para la Santa Sede y la Curia Primada, en el nombre nuestro rosarista y en el del propio Colegio que en las de su Superior ve premiadas también las virtudes del plantel.

—Bien quisiéramos disponer de amplio campo en estas páginas y de adecuado decir, para consignar, como es debido, una felicitación profunda a quienes, en su grado de abogados, han continuado en estos dos últimos meses la limpia lista de los doctores del Rosario. Alcides Zuluaga sobre “Indemnización de los detenidos y condenados injustamente”, dejó una tesis de contenido filosófico-jurídico, de sobrio estilo y elevado espíritu católico; Ricardo Uribe Holguín disertó, fue en justicia aclamado y coronó lujosamente su carrera con un trabajo que supo apellidar “El caso fortuito y la inculpabilidad en la no ejecución de las obligaciones contractuales”; Jorge Parmenio Cárdenas, con precisión doctrinal, ajustado a la ley y seguro de su pensamiento, habló y se atrajo la felicitación de su jurado con el tema: “Las Sociedades Extranjeras en Colombia”.

—Para el noble amigo y distinguido rosarista que ha sido William Elías enviamos sentida expresión de condolencia por la muerte de su señor padre ocurrida hace pocas semanas en esta ciudad.

### A nuestros Agentes y Suscriptores:

Ofrecemos excusas por nuestra tardanza en la publicación del Índice del año 42, el que aparecerá en la próxima edición.

Les rogamos ponerse al día en su cuentas con esta Administración.

# REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

La responsabilidad de los artículos pertenece al autor.

Tarifa reducida en el servicio postal interior. Lic. N° 118.

RECTOR: D. D. J. V. CASTRO SILVA

Redacción: Eduardo Carranza.

Administración: A. Delgado Plaza.

Volumen XXXVIII — Bogotá, abril y mayo de 1943. — Nos. 369 y 370.

## EL ENLOQUECIMIENTO DE LAS VIRTUDES CRISTIANAS

De mucha ilustración es, en verdad, seguir en la jerarquía eclesiástica su conducta frente a la guerra actual.

No se podrá negar que, a los principios del conflicto, el episcopado francés declaró de consuno y tercamente que en la lucha de ahora entraría en juego la suerte de la civilización cristiana. Documentos son ellos que corren impresos en folleto de lectura impresionante publicado en los meses primeros de 1940 por la Casa de la Buena Prensa (1). La palabra que asalta con frecuencia la pluma de los prelados, en sus declaraciones oficiales, es todavía la de “cruzada”.

“Se trata de una cruzada verdadera por la salvación de la civilización cristiana”, escribe monseñor Dutoit, obispo de Arras.

“Esta guerra, en realidad de verdad, adquiere las proporciones de una cruzada, y de ninguna otra cosa se trata que de la suerte de la civilización humana y cristiana”, dice, a su vez, monseñor Villepelet, obispo de Nantes.

“Nuestros soldados son los cruzados de Dios”, proclamaba

(1) “La Jerarquía Católica y la Guerra”, Casa de la Buena Prensa, 5 Rue Bayard, París, 8e. 1940.

el cardenal Suhart, arzobispo entonces de Reims y hoy arzobispo de París.

Es cierto que a partir del armisticio, y no sin motivos, el episcopado francés no ha repetido sus declaraciones, lo cual no significa que las haya borrado.

El pensamiento del episcopado inglés, desde comienzos de la guerra, ofrece idénticas resonancias.

“En nombre de la civilización construída por la cristiandad, resistamos a las fuerzas destructoras del bien”, declara el arzobispo de Liverpool, monseñor Downey. “En esta cruzada, que los cristianos tomen con denuedo su partido.”

Pero lo notable resulta de comparar las declaraciones episcopales francesas e inglesas con las del episcopado alemán. Claro está que los obispos alemanes no han predicado la desobediencia ni provocado objeciones de conciencia. Muy al contrario, han pedido valor en servicio de la patria. Mas, en lo que dice relación a la suerte de la guerra, complacidos han deseado todos para Alemania “una paz honrosa”. Sea lo que fuere, ningún obispo alemán, que yo sepa, se ha lanzado a declarar oficialmente que esta guerra provocada por Alemania sea la de la civilización cristiana. El episcopado alemán se había dado bien cuenta, desde tiempo, del sello pagano y perseguidor del régimen nazi que domina hoy a su patria.

Por lo que al Papa reza, reproches se le han hecho por no haber abrazado en el conflicto una decisión resuelta; y no ha faltado quien le crea, satisfecho, al lado del triunfo germano. Respecto a lo último, en febrero de 1942 publicó el “Observatore Romano” declaraciones vaticanas perentorias de protesta contra tamaña calumnia. Y si a la reserva del Soberano Pontífice llegamos, sólo pueden condenarla quienes, a más de no haber querido darse cuenta del carácter puramente religioso de la actitud vaticana, no han seguido con atención las declaraciones y actos del Papado. Bien sabemos qué posición hubiera adoptado Pío XI en el conflicto actual del mundo, pues mucho antes de la ruptura de hostilidades, ya había hecho públicas sus condenaciones, más y más violentas, al comunismo y al na-

zismo, y había ocurrido también su rechazo a permanecer en Roma cuando la visita de Hitler a la Ciudad Eterna.

En cuanto al Papa reinante, en su primera Encíclica “Summi Pontificatus”, de 20 de octubre de 1939, iniciada ya la guerra, renovó expresamente la condenación vaticana a los errores nazis. Aun más, no ignoramos su especial invocación a la Polonia invadida y masacrada, para expresarle, en ese documento oficial lanzado Urbi et Orbi, su voz de dolor y sus esperanzas de verla restaurada a nombre de la justicia. Cuando Holanda, Bélgica y Luxemburgo se vieron atropelladas, envió el Papa a los soberanos de esas naciones mensajes de expresión clarísima. Y escribe al rey Leopoldo: ‘Ahora cuando, por segunda vez, con menosprecio de sus derechos, el pueblo belga va a ser sometido a las crueldades de la guerra, enviamos a vuestra majestad y a vuestra amada nación la seguridad de nuestro fraternal afecto; rogamus al Dios Omnipotente que esta terrible prueba termine en el restablecimiento de la plena libertad y de la independencia de Bélgica.’”

Y en su alocución de Navidad, en 1939, Pío XII formuló oficialmente cinco cuestiones que, a su entender, sirvieran de base para el establecimiento de una verdadera paz. Constituyen ellas directa refutación a las pretensiones más probadas del nazismo. En Navidad de 1940, afirmaba el Pontífice públicamente que ninguna de sus declaraciones del año anterior había cambiado en lo más mínimo. Enunció entonces cuáles eran para él los fundamentos del Nuevo Orden que anhelaba ver primar en el mundo: Desde luego, no quiere que ese orden sea “un mecanismo destructor de la libertad, apoyado en la fuerza, insincero, de imposición, sin alegría, sin dignidad, opresor de las almas.”

Resumiendo: luego de hojear los textos de la jerarquía católica, no podemos dudar del pensamiento y de la posición de la Iglesia. A las claras se ve, por lo demás, que esa actitud no está inspirada en consideraciones políticas o de nacionalismo, sino en motivos morales y cristianos. Lo que el Papa y los obispos consideran en juego en esta guerra, son los principios mo-

rales, sillar de lo que se ha convenido en llamar la civilización cristiana.

★

Mas, confíese o no en el poder de las palabras, un interrogante nos asalta, terrible y angustioso, que no podemos resolver a la ligera. En realidad, esta civilización que hoy defendemos y contra la cual se lanza la Alemania nazista, ¿será la civilización cristiana? ¿Qué es, francamente, desde nuestra posición de cristianos, la civilización que queremos defender?

Si pretendemos responder objetivamente al interrogante, he aquí el resultado:

Nuestra civilización es herencia directa del Renacimiento del siglo XVI, de la Reforma protestante de igual época y de la Revolución Francesa de 1789. Ella es la que denominamos civilización moderna que, en lo que la hace ser "ella misma", se distingue, sobre todo, de la medioeval (a la que ha sucedido), justamente en el terreno cristiano.

La civilización de la Edad Media era cristiana, ante todo, por eso que apellidamos su teocentrismo. Ella estaba por entero centrada en Dios y la religión constituía su eje. Allá, todo se organizaba y ordenaba en función de Dios y de las relaciones del hombre con El.

Con el Renacimiento y, principalmente, con la Revolución de 1789, la civilización se tornó antropocentrista, humanista. El hombre se apartó de Dios y pretendió bastarse a sí mismo. La razón sobrepasó a la fe y la naturaleza a la gracia... La civilización volvióse racionalista, naturalista.

Y fue también cristiana la civilización de la Edad Media por el papel preponderante que, durante ella, desempeñó la Iglesia. Recordemos, si no, la importancia que entonces entrañaba la consagración de reyes y emperadores. En razón directa de la delegación recibida de la Iglesia, el príncipe obtenía su poder sobre los súbditos. No olvidemos, por tanto, la significación que excomuniones e interdictos decían. Cuando un obispo o el

Papa descargaban a ciertos súbditos de su juramento de fidelidad al príncipe, perdía el rey su autoridad y su poder. Civilización era aquella de tipo sacro, como exactamente se la ha llamado...

Pero, a partir sobre todo de la Revolución de 1789, la civilización se hizo por entero laica y abierta de sus relaciones con la Iglesia. Fue ésa la era de separación entre la Iglesia y el Estado. A lo sumo se hablaba de Concordatos que aseguraban, de cuando en cuando, la buena inteligencia entre el poder espiritual y el temporal, tratándose, desde luego, de igual a igual el uno al otro; mas, dependencia alguna subordinaba los gobiernos políticos a la jerarquía eclesiástica.

★

Contra esa Revolución que, ante todo y como aparece de bulto, fue una revolución espiritual, una crisis de la conciencia, "La Crisis de la Conciencia Europea", según precisa expresión de Paul Hazard, contra esa Revolución, es de anotarse, con clara inteligencia, la enérgica protesta de la Iglesia. La historia espiritual de Europa, entre 1789 y principios del siglo XX, no es otra cosa que una historia de lucha entre el Cristianismo y las formas ilusorias que pretendían inspirar a la civilización moderna. Todavía a finales del siglo XIX, el Syllabus de Pío IX condenaba sin apelaciones a quienes intentaban la reconciliación de la Iglesia con aquellos sistemas. Y en ciertos medios católicos, ¿se habrá acaso condenado lo bastante los falsos dogmas del 89?

Más aún, al observar algo de cerca las cosas, impresiona el constatar que el tipo de civilización (si es que la palabra acepta aplicación en este caso), en mientes de implantación por el nacional-socialismo y el comunismo, resulta sólo ser la lógica e ineluctable consecuencia, el término de evolución de esa civilización naturalista, racionalista, laica, moderna.

Así lo atestiguan quienes han estudiado con atención los recientes desarrollos de nuestra civilización. Si de ello vacila-

mos, quiere decir que superficialmente hemos mirado las cosas. Así como es cuestión muy superficial también la de pensar que el nacional-socialismo y el comunismo hayan nacido más para oponerse que para entenderse. A no dudarlo, entre la civilización moderna y el Nuevo Orden neo-pagano que se nos promete, existen muchas oposiciones: la de democracia y dictadura, la de capitalismo y colectivismo, para no citar más; pero cuando se encararan estos fenómenos en su fondo espiritual, bien notorio aparece que tales oposiciones no pasan de ser superficiales, que marcando están, al fin de cuentas, dos estadios sucesivos de un mismo proceso evolutivo. ¿Acaso no hay oposición entre la infancia y la adolescencia? Y sin embargo, la adolescencia es el límite de la infancia. Desde un panorama cristiano, el neo-paganismo es la normal resultante de una ruptura entre la civilización occidental y el cristianismo. Diciéndonos está la experiencia de la Historia que sólo pueden existir dos formas fundamentales de vida humana: la pagana y la cristiana. En consecuencia, nos es imposible escapar a la alternativa.

★

¿Y cómo explicar entonces la actitud actual de la Iglesia?

He aquí que hoy pretende ella que los defensores de esta civilización moderna, contra la cual no despedía ayer suficientes anatemas, defendiendo están la civilización cristiana. Esa civilización moderna vista ayer como una bestia negra, hoy es digna de bendiciones. ¿Cómo explicar ese sesgo?

En verdad, aquí no hay sesgo alguno.

Y no lo hay, porque subsistiendo están las condenaciones lanzadas contra el racionalismo, contra el laicismo y todo lo que, en la moderna civilización niegue la sumisión del hombre a Dios.

Pero la Iglesia aprueba hoy la civilización que ayer reprobaba.

En manera alguna. Ella no condenaba esa civilización, si-

no sus fallas, que continúa hoy rechazando; nunca ha reprobado la Iglesia esa civilización por sí misma. Denunciar la enfermedad no significa reprobar al enfermo. A este propósito, mucho importan, en mi concepto, las siguientes observaciones:

Ante todo, nuestra moderna civilización, en los hechos, bien que sin lógica alguna, continúa impregnada por entero de cristianismo. Entre esta civilización y el cristianismo existen aún, dentro del campo natural y temporal, espontáneas y comunes relaciones, principios comunes de justicia, de moral y de Derecho. No podemos negar que la civilización nuestra, aunque sin saberlo muchas veces, sigue inspirándose en ideales nacidos del cristianismo que, muy a menudo, han encontrado expresión en esa divisa francesa de: Libertad, Igualdad y Fraternidad. El paganismo nunca hubiera podido concebir tal enseña ni hacer de ella el cimiento de una civilización. Ideal semejante sólo es posible dentro de una mentalidad cristiana. Y si tanto se le invoca es porque en quienes lo hacen aun palpita un fondo de cristianismo, un estilo cristiano, un tipo de cristiana naturaleza.

Muy bien comprendo que, con grande frecuencia, ese ideal, en la práctica, andaba tibio y desviado, precisamente por alejado de su base cristiana. Y entonces, la justa libertad se hizo liberalismo; la sana igualdad volvióse igualitarismo, y la fraternidad verdadera fue humanitarismo. La Iglesia jamás ha reprobado ese ideal en sí, sino sus desvíos. De eso no podemos dudar, pésele a ciertas apariencias y a la actitud de ciertos cenáculos católicos.

No desconozco que, desde muchos siglos, con frecuencia se ha combatido al cristianismo en nombre precisamente de esos ideales. Lo que explica muy bien la actitud hostil de algunos católicos que, sin saber distinguir la persecución de los principios de que se abusaba para fomentarla, combatían los principios para luchar así contra la persecución. Esto, claro está, no ocurría sin desarraigar, al tiempo que la cizaña, el grano bueno. Muchas veces bastaba que una buena causa se viera defendida por un partido de izquierda o por francmasones, pa-

ra que, a los ojos de ciertos católicos, resultara ella radicalmente mala. Y de esta suerte se abandonaba a nuestros enemigos el beneficio de defender causas, en sus principios cristianas, para asumir nosotros el odioso papel de combatirlos sin discreción.

Y obteníase entonces, como con precisión lo ha observado Christopher Dawson, que, en siglos precedentes, "los enemigos de la Iglesia y las corrientes que la desgarraban y crucificaban fueron, en cierto modo, su propia descendencia y sacaron de ella fuerzas de empuje." Singular paradoja la de un mundo que sólo a nombre de principios emanados del propio cristianismo, se opone al cristianismo. Mas, por muy desviados y tibios que hayan sido y aun cuando se les haya podido esgrimir contra la religión cristiana, esos principios, con todo y eso, seguían siempre siendo cristianos. Quizás ellos llegaran a la locura, mas siempre fueron principios cristianos.

¡Cómo difieren, pues, del nazismo y del comunismo, en los cuales, muy al revés, nada de cristiano subsiste! Justicia, Derecho, respeto por el débil, libertad, igualdad, fraternidad, todo ha sido barrido como hojarasca en la tormenta. Entre los principios de esta nueva civilización moderna y los cinco puntos enunciados por Pío XII en su mensaje de Navidad de 1939, hay cierta conformidad; no así con el nazismo ni el comunismo.

Más todavía. No temo reconocer que, en ciertos aspectos, la moderna civilización occidental podría anotarse cristianamente progresos sobre la de la Edad Media. Observación es esta de extrema importancia.

Cierto es que, si en la Edad Media los vínculos entre la fe y la razón, entre el poder temporal y el espiritual, no sufrían embate alguno, la distinción y relaciones entre esos dos órdenes, en cuanto a la enseñanza evangélica, tampoco habían logrado un establecimiento correcto y definitivo. Por ejemplo, sobre el plano de la vida intelectual, la teología lo dominaba todo y la filosofía, sin adquirir aun su justa autonomía, era tan sólo una sirvienta. En el terreno de la vida pública el poder temporal (brazo secular), por lo general, sólo era visto como instrumento del poder espiritual. Que ese estado de cosas fue-

ra normal en aquel tiempo, atendido el estadio de la evolución histórica de la civilización, está muy bien. Con todo, entiendo yo que, desde un idioma cristiano, no era ése un ideal que hubiera de ser tenido como definitivo ni admitido como fórmula acertada en las diferencias y relaciones entre la gracia y la naturaleza.

Sin duda, históricamente, el proceso de separación entre la razón y la fe, entre el poder temporal y el espiritual, sólo fue obra de una ruptura brutal. La razón se opuso con violencia a la fe, y el Estado se volvió, impetuoso, contra la Iglesia.

Evidentemente, la Iglesia no podía acomodarse a esa oposición declarada; fuera de que, en su seno, muchos añoraban aquel antiguo estado de cosas, tan colmado para ellos de prerrogativas y privilegios. Así, pues, muy difícil resultaba que las diferencias ocurrieran en otra forma que por una oposición violenta. Rara vez se realiza una evolución por medios distintos a la revolución.

Mas, de parte y parte fue produciéndose lentamente cierto avenimiento. Numerosos filósofos y hombres de saber, conociendo, de otro lado, la justificación de la fe, iban dándose cuenta de lo que de pobreza significaban, para la conducta total de la vida humana, las solas fuerzas de la razón y de la ciencia. Muchos políticos y sociólogos, por su parte, aceptaron la necesaria importancia de la Iglesia. A una era de persecuciones sucedióse, pues, una situación, no sólo de tolerancia, sino de efectiva inteligencia y colaboración. La historia de Francia, a este respecto, fue, entre Guerra y Guerra, de altísima significación. Los beneficios de una mejor separación seguían en pie y, entre lo religioso y lo profano, vinieron relaciones de mayor normalidad.

Además, a instancias del Papado, iba surgiendo una nueva cristiandad, sobre todo en ciertas regiones de la tierra. A los ojos de observadores advertidos ofrecíase la resurrección de un singular cristianismo y tal esfuerzo de renovación que semejantes los ha habido pocos, ciertamente, a través de la historia. Cristianos militantes erguíanse, resueltos a hacer de sus

hermanos cristianos firmes, a edificar una nueva ciudad, una nueva cristiandad, no bajo los moldes de la medioeval —pues la Edad Media estaba muerta ya y aventajada—, sino una cristiandad propia para el clima de la presente evolución del mundo. Y hemos de reconocer, y ya lo está reconocido, que esa nueva cristiandad, en ninguna otra parte, como en Francia, logró mejores avances en la lucha.

Bien es cierto que, por mucho tiempo, las consecuencias de la ruptura efectuada en tantos hombres entre la naturaleza y la gracia, entre la razón y la fe, entre la sociedad y la Iglesia, y que las consecuencias también de la negación, por parte de muchos, de la Iglesia, de la fe y de la gracia, continuaban en desarrollo. Prueba de ello esa facilidad de progreso para las doctrinas neopaganas que hoy ahogan al universo.

La tragedia del mundo que vivimos (de la cual la guerra que corre es tan sólo un episodio de singular significación y brutalidad), esa tragedia consiste en la oposición presentada por una civilización todavía impregnada de cristianismo y en cuyas entrañas movíanse gérmenes poderosos de renovación, contra formas de vida humana divorciadas de toda apariencia cristiana y antípodas ciertos de Cristo.

Si el orden nuevo del nazismo o del comunismo (que, desde un ángulo cristiano, son una sola cosa), si ese orden triunfare, la civilización cristiana sería destruida, y por largo tiempo. Por eso necesitamos derrotarlo. Ello urge, no para salvar las fallas de nuestra civilización, ni siquiera su pasado ya cumplido, sino lo que ella ofrece de posibilidad para la elaboración de una nueva cristiandad.

Mi esperanza, mi íntima convicción está en que triunfaremos. La tempestad actual es el invierno. Vendrá presto la primavera, aunque no la que algunos anuncian. Una primavera sí de nuevo cristianismo. Y espero y me ilusiona el ver a mi Francia a la cabeza de ese movimiento renovador. Oigame Dios y que francés ninguno contribuya a desmentir mis anhelos (1).

R. P. J. V. DUCATTILLON, O. P.

(1) Tradujo del francés la Administración para la "Revista del Rosario".

## SANTO TOMAS DE AQUINO, SIMON BOLIVAR Y LA DEMOCRACIA

### IV.—Algunas observaciones terminológicas.

En la primera parte de mi escrito (38) estudié: ¿en qué consiste —a mi modo de ver— la semejanza entre los ideales políticos del Doctor Angélico y del Libertador?, y ¿dónde se encuentran las fuentes del conocimiento de aquellos ideales? Y llegué a la conclusión que el "mejor régimen" según Santo Tomás se encuentra expuesto en el artículo 1º de la cuestión 105 de la Prima Secundae (39), al paso que el ideal político de Simón Bolívar tiene su expresión fiel en la Constitución boliviana de 1826 (40).

Debo ahora analizar y comparar ambos ideales políticos. Pero antes tengo que hacer algunas observaciones de orden terminológico.

"Hay en el campo de las ideas políticas una enorme confusión. Casi cada autor tiene su particular terminología, habiendo, por tanto, un perfecto desacuerdo sobre lo que sea democracia, liberalismo, conservatismo, totalitarismo", escribí en 1940 en mi artículo titulado "El Libertador y el totalitarismo. La Constitución boliviana de 1826." (41).

Y tengo la satisfacción de que, en diciembre de 1940, al mismo tiempo que apareció mi mencionado artículo, expresó ideas muy afines a las mías uno de los más ilustres pensadores de la América latina, Monseñor Gustavo Franceschi (que naturalmente no conocía mi escrito): "Nunca más que en tiempos de tanta confusión como los nuestros conviene destruir